

LA MUERTE DE UN POLITICO

Cristo murió por meterse en política.

En este punto estoy en profundo desacuerdo con los que predicán que Cristo se mantuvo alejado de la política, que su predicación fue “puramente espiritual”.

Nadie ha muerto jamás por una predicación “puramente espiritual” si se entiende por espiritual una predicación abstracta, sin relación a los problemas concretos de los hombres y de los países a quien se predica.

Repito: Cristo se metió tanto en política, que allí dejó su joven vida llena de energía y de promesas.

Murió porque se comprometió con y en los problemas de sus paisanos, porque se identificó con sus sufrimientos y sus aspiraciones. Porque se metió en política, como dirían muchos.

Por eso se debe contar a Cristo, no sólo entre los mártires religiosos, la cabeza y primicia de todos los mártires, sino también se le debe poner en la lista de los mártires políticos, reformadores sociales y revolucionarios, si prefieren, que dando su vida como garantía de sus convicciones han cambiado las cosas en la historia.

Algunos tienen una idea tan peyorativa de la política —siempre quedan maniqueos—, que miran a las personas metidas en política como si estuviesen cometiendo alguna bajeza e indignidad. Les parece, claro, que Cristo no podría haber caído tan bajo, como para meterse en política.

Si usted piensa así está muy equivocado, porque la política es una actividad muy noble, digna... incluso del Hijo de Dios.

Pero antes de complicar más las cosas, voy a aclarar lo que se entiende por política y lo que significa meterse o entrar en política.

Después de esclarecer este concepto, verán ustedes cómo no están tan en desacuerdo conmigo como al principio les pareció.

Los que predicán que Cristo nunca se metió en política —y lo dicen insistiendo en que sus representantes en la tierra deben imitarle— se aferran al texto clásico: “Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios”.

Esta frase no tiene tanta importancia como a veces se le da. Es una afirmación meramente formal, que no pasa de ser una respuesta dialéctica y deslumbadora, apta para salir de una discusión airosamente, pero, como la mayoría de muchas de estas frases, sin mucho contenido objetivo. Son frases que parecen profundas, pero que en realidad no dicen nada nuevo.

De todas formas, aunque estuviera cargada de significado, la frase sólo pueden entenderse bien en su contexto histórico. Los dichos sobre política local, sólo los locales los captan. Mucho me temo, que, si la frase es una alusión a las circunstancias del tiempo de Cristo, sus matices se han hundido definitivamente en el pasado.

Noten, además, que Cristo dice a otros que den al César lo que es del

Comentarios

César... ¿Por qué suponemos que eso también se lo aplica Cristo a su propia persona? Un líder o profeta nunca pide a la masa amorfa que actúe como él mismo, porque sabe que su misión es única.

Yo supongo que si la famosa frase, tal como nos ha llegado, tiene alguna referencia al tema que nos ocupa, vendría a decir más o menos que toda administración tiene sus oficiales y técnicos para llevar a cabo las tareas ordinarias del gobierno y allí no hay por qué meterse.

Cristo nunca trató de obtener **puestos** políticos ni cargos administrativos. Renunció a convertirse en líder popular o rey, como dice el relato evangélico. Sólo en este sentido se debe entender la afirmación de que Cristo nunca se metió en política: nunca se metió a desempeñar cargos políticos ni a usurpar las funciones de los constituidos en autoridad. Entre otras cosas, porque la responsabilidad de la administración política, de la "política real", le habría restado libertad para ser revolucionario en su mensaje.

En este respecto, los representantes de Cristo en la tierra sí deben imitar al maestro. Y creo que su innumerable mayoría lo hace. Pocos son los sacerdotes que se entremeten los afanes y tareas de la administración pública. Estamos muy lejos de los tiempos en que los confesores reales y los cardenales gobernaban los países.

Además en las circunstancias políticas en que vivía su pueblo, hubiera sido indigno no sólo del Hijo del Hombre, sino también de cualquier israelita honrado, el colaborar con las tropas de ocupación, someténdose a ser marioneta accionada por un poder extranjero y pagano.

Hacer política o meterse en política puede entenderse también en otro sentido: opinar sobre problemas que afectan a los habitantes del país. Yo no sé si mis lectores estarán de acuerdo con esta definición, pero no me negarán que mucha gente lo entiende en este sentido, cuando uno da públicamente su opinión sobre ciertos problemas. "Se está metiendo en política", dicen.

Entendiendo el hacer política en este sentido, todo el mundo tiene derecho a hacer política. Todo el mundo quiere decir todos, incluso los representantes de Cristo en la tierra. Los sacerdotes, como ciudadanos privados y como figuras públicas que son, tienen el derecho y la obligación de opinar y de ilustrar a los menos ilustrados, para que se formen una opinión correcta sobre los acontecimientos y los problemas de su tiempo.

Esto hizo Cristo con gran fuerza y valentía. Sus críticas de la clase dirigente de Israel, que era a la vez la jerarquía religiosa, salpican con su fuerza viril todas las páginas del Evangelio.

Cristo expresó con palabra y con obra el repudio de aquella oligarquía religiosa, que usaba sus conocimientos de las Escrituras y su posición jerárquica para ejercer un dominio social tanto más despiadado, cuanto que sus armas eran el chantaje religioso sobre las conciencias de personas profundamente religiosas y altamente ignorantes. Con sus finas y retorcidas interpretaciones de un código religioso, que tenía extensas consecuencias en la vida económico-social del pueblo, imponían obligaciones "sagradas" que ataban a la masa crédula e iliterata a sus aspiraciones de poder social, y supone-

Comentarios

mos, aunque no esté tan claro en el Evangelio, de poder económico.

Cristo comprometió su palabra y el enorme peso que llevaba su palabra en esta lucha desigual entre una masa, oprimida desde el interior de su conciencia, y unos oligarcas que manejaban la Ley de Dios en beneficio propio.

Por eso su mensaje, que es un mensaje de liberación interior, resultó ser, por razón de las circunstancias, un mensaje de liberación político-social. Y su combate contra los falsos escrúpulos opresores se convirtió en un combate contra el gobierno despiadado de la teocracia farisea.

Su mensaje religioso fue interpretado —rectamente— como un mensaje preñado de consecuencias políticas y pudo así ser acusado de meterse en política y ser un peligro para el “status quo”.

No hay ninguna duda que Cristo fue un peligro para el “Establecimiento” político-religioso de su tiempo. Un peligro fatal. Un peligro que acabó con el sistema. Cristo liberó definitivamente a todos los hombres de cualquier tipo de opresión religiosa y teocrática. Aunque los hombres no siempre lo hayan entendido así.

Lo que tiene más visos de falsedad en las acusaciones que le hicieron a Cristo durante la trágica semana santa es que fuera un peligro para el César.

Bueno; peligro para el César también lo era. El cristianismo desmitologizó la figura del Emperador; es

decir, hizo ver al pueblo que el César no era más que una figura político-patriótica, pero no divina.

En este sentido, Cristo representó también un peligro fatal para el cesarismo religioso. Pero sólo fue un peligro mediato; su doctrina era una bomba de tiempo que habría de volar la efigie del Emperador de su pedestal religioso muchos años después.

A las inmediatas Cristo era una urgente amenaza para los sumos sacerdotes y fariseos, para los mismos gobernantes de su pueblo, hijos de su pueblo, que ejercían una ocupación más profunda y perniciosa que la ocupación territorial de los romanos. Me refiero, como ya he dicho, a la ocupación de las conciencias.

Después de la predicación de Cristo, las cosas en Israel no podrían quedar igual. Las conciencias habían sido liberadas del poder de los hombres y entregadas al suave yugo del Padre que está en los Cielos. La dominación religiosa, y por su medio la social, se debilitaría. El concepto de autoridad religiosa se había cambiado radicalmente: servir al pueblo y no más ser servido por el pueblo... Era la revolución total de los valores y las escalas del pasado teocrático. Por eso le metaron.

Era un grave peligro para el orden de cosas establecido y, en buena lógica maquiavélica, sólo había una solución: exterminar el peligro como fuera.

Lo exterminaron en la Cruz.